

# Lola Rodríguez de Tió: la primera puertorriqueña liberada\*

CARMEN LEILA CUEVAS

San Ignacio de Loyola, con faz iluminada, decía que la mujer es la prolongación de Dios en la tierra. El don de creatividad a través del alumbramiento así lo ha consagrado. La misión fundamental de la mujer, es, pues, la maternidad. La costilla más importante del mundo, tras el dolor del alumbramiento, experimenta el inefable gozo de ser madre. Así trata de habilitar un ambiente acogedor y feliz para su progeñe.

En este quehacer infinito y amoroso comienza verdaderamente su liberación.

La mujer puertorriqueña está conceptuada como una de las más progresistas de nuestra época. Se ha destacado en la política, en el arte, en la sociología, en la medicina, y en otras ramas fundamentales de nuestra sociedad.

Lola Rodríguez de Tió jugó muy importante papel en esta evolución. Ella fue la primera mujer puertorriqueña liberada. Quisiera, en este momento para mí especialmente significativo y definidor, insistir que lo importante, lo que de veras respondería al latido de nuestro tiempo, es que la juventud conozca a Lola.

Esto lo decimos en virtud de que para mucha gente la feminei-

\* Conferencia pronunciada por su autora el 31 de octubre de 1974 en el Colegio Regional de la Universidad de Puerto Rico en Ponce.

dad es «liberación femenina». Este concepto está implícito, sólo que a derechas, en la vida y en la obra de Lola Rodríguez de Tió. Porque la liberación femenina, tal como la han proyectado en diversos lugares del mundo, y en Estados Unidos particularmente, en mi opinión, no es nada más que una caricatura de lo que debe ser y es la liberación auténtica de la mujer.

La mujer se libera cuando comienza a pensar en sí misma. Cuando comprende la nobleza de su misión. Se libera del temor a que la ridiculicen porque emprende una obra cívica o se dedica a menesteres intelectuales. Se libera cuando irrumpe en profesiones u oficios que parecían vedados a sus aptitudes.

Cuando se me concedió el privilegio de ahondar en documentos en torno a Lola, disfruté de horas de intenso dramatismo y de puro gozo. En la medida en que me acercaba a ella, extraña experiencia, se me tornaba a un tiempo mismo, mayor en tamaño y sin embargo más accesible. Presupongo que su grandeza es de las que impresionan, y no obstante, facilitan el conocimiento de la esencia humana de un ser extraordinario. Porque Lola fue extraordinaria en más de un sentido, y esa nota propia, tan característica de los individuos fuera de serie, la sitúa en una altura que viene a parangonarla con las minorías selectas de todas las épocas. De ella, saco en limpio, no es difícil apuntar, que era «humana, demasiado humana», como diría el pensador. Y esa humana condición es lo que más me atrae de Lola. Independientemente de todo lo admirable que hay en ella como poetisa, escritora, política y patriota, yo la veo en su calidad de ser humano en su más diáfana e íntima realidad. De ahí que aunque haya pasado revista a toda su obra, desee quedarme en unos aspectos y en unas facetas que veremos juntos en esta mañana. Su vida y su obra se complementan. Es como si la carne y el hueso, esto es, la instancia humana de Lola, enlazaran a un espíritu radiante. Basta que sigamos paso a paso su jornada existencial para percataarnos de sus valores humanos: unos valores que están por encima de los linderos insulares.

## MUJER

Según me fui adentrando con el máximo respeto en el ancho mundo de su vida fecunda y abarcadora, pude verla en una amplia

dimensión, una dimensión que no es la que suele acreditarse: la de mujer en toda la trascendencia y el significado de la palabra. Ya en ese plano y salvando tiempo y distancia, soy su más fiel admiradora y puedo afirmar que una amiga de su obra y de su presencia histórica.

Procede Lola de la primera familia instituida en Puerto Rico tanto históricamente como en abolengo de clase. Su progenitora, doña Carmen Ponce de León, desciende de esa gran figura mundialmente conocida: Juan Ponce de León. El licenciado Sebastián Rodríguez de Astudillo, letrado y alcalde de San Germán, padre de Lola, era hijo del coronel Francisco José Rodríguez de Astudillo y de doña María Martínez Mariño, también descendiente de militares. De esta casta fuerte, de recio temple, emprendedora, arriesgada, de potencialidad sensorial, se nutrió la sangre de Lola. El hogar de los Rodríguez de Astudillo y Ponce de León fue centro de cultura a la par que de sanos y religiosos principios. Por eso emanaban del alma de Lola honda piedad por los menesterosos y enérgico rechazo a la esclavitud. Precoz, sensitiva, alegre, inteligente, soñadora y rebelde, Lola es una elegida. No es como las demás niñas de su edad. Don Sebastián se constituyó en el principal mentor de la hija que ya en su décimo cumpleaños decidió no volver a la escuela porque no estaba aprendiendo nada en las aulas, además de que no deseaba sentirse cautiva de una disciplina que limitaba su imaginación, que emprendía raudos vuelos hasta las vastedades del espíritu, donde se identificaba con las golondrinas sangermeñas.

Abultadas trenzas de lustroso y lacio cabello castaño oscuro coronan la donosa y angelical faz de Lola. Activa, decidida, inquieta, la facilidad de palabra abre los ventanales de sus labios carnosos y bien dibujados. Sustenta amplio dominio de sí misma. Cierto día, caminando en compañía de su hermana Aurora por una de las empinadas calles del pueblo, se le agrandan y extasían los expresivos ojos al contemplar a un apuesto y arrogante joven. Rápidamente le comenta a la hermana: «¿Ves a ese hombre? Pues bien, ése será mi novio y mi marido.» La hermana, sorprendida, rió ante la profética aseveración de la menor. El gallardo mancebo que despertó tan insólito entusiasmo sentimental en la niña, es el poeta, periodista y político recién llegado de Europa, Bonocio Tió Segarra.

Segó Lola su cabellera en romántico holocausto. Se constituyó

en la primera mujer en la Isla que se atrevió a desafiar la tradición establecida en este respecto. Una soleada tarde en que tomaba el fresco en el amplio balcón de la espaciosa casona, fue increpada por su progenitora, quien la amenazó con cortarle el cabello si continuaba haciendo alardes y coqueterías en ostensible gala de su cabellera, que cual oscura cascada casi la enmarcaba, especialmente estando por allí cerca el presunto novio que todavía no había sido reconocido ni aceptado por los padres. Esta amenaza la soliviantó. Quiso entonces actuar por sí misma. Solicitó del barbero de su padre que le cortara las trenzas. El sorprendido figaro se negaba a actuar. Con inusitado ahínco protestaba el padre de Lola, quien coincidió en el salón barbería. Pero ella, imperturbable, adujo que la madre la había mandado a tal efecto. Y entonces fue obedecida. Cayó para siempre su copiosa mata de pelo. Le impusieron un severo castigo. Sufrió la penitencia de estar encerrada unos días, ella, tan amante de la libertad. Cuando todavía no se había cumplido la penitencia, el joven Tió, que ya había entablado amistad con la estimable familia, visitó el hogar. El castigo fue levantado. Al interrogarle él por qué se había cortado el pelo, ella le contestó categóricamente: «Por usted. Porque mis hermanas se quejaron a mamá de que yo estaba enamorada de usted. Mamá me amenazó con cortarme el pelo y entonces yo me lo mandé cortar.»

El romance que comenzaba a florecer se colmó de emotiva fuerza y esparció su aroma y su comprensión de alma a alma. Apenas adolescente, contrajo enlace Lola con Bonocio Tió Segarra. En la ascendente escala de los años, le llevaba él cerca de doce. Disfrutaron de una feliz e inolvidable luna de miel en París, donde cumplió ella dieciséis años de edad.

Como inmortal ambrosía, resalta este madrigal de tiernas pulsaciones, exquisita emanación del corazón de una mujer enamorada, joya del romanticismo, auténtica tonalidad expresiva del Siglo de Oro español, que dedica Lola a su esposo.

#### A MI ESPOSO AUSENTE

¡Mi amor, cuando te ausentas  
qué triste estoy sin ti!  
Sólo respiro ansiando  
que vuelvas junto a mí;

mas cuando sé que vuelves  
¡me siento tan feliz!  
¿Qué cosa hacer podría  
para lograr ¡ay! di,  
que siempre estés llegando  
y al mismo tiempo aquí?

Deliciosamente presumida, Lola es apasionada por lo bello. Ama la estética en expresión y en apariencia. Gusta de los perfumes y de las joyas, además que de los atuendos elegantes. La innata coquetería es un gentil e inconsciente medio de resplandecer tanto en la voz como en el ademán. Al igual que su antecesor, Juan Ponce de León, sustentaba anhelos de juventud eterna. A menudo exteriorizaba este sentir: «Los poetas no tienen edad. Aman la juventud y la gloria, cantan a la patria y a la humanidad.»

Cuéntase que su íntima amiga y compueblana, doña Antonia Quiñones de Quiñones, fue a visitarla sin previo aviso, cuando Lola residía en Nueva York, sufriendo uno de los destierros. Atareada con la limpieza del apartamento, no estaba presentable para recibir visitas, por lo que al atender la llamada a la puerta, le manifestó a doña Antonia: «Voy a avisarle a la señora.» La visitante no tuvo la oportunidad de replicar. Instantes después, reapareció Lola inmaculadamente ataviada, perfumada, su cabello bien tocado, como la anfitriona correcta y reluciente que acostumbraba ella ser. Atendió cariñosamente a la dilecta amiga y departieron como si no se hubiesen visto minutos antes, cuando le fluía el sudor a raudales y el cabello se le agolpaba en desorden por estar sometida al agobio del azaroso trajín de un arduo día de limpieza en el hogar.

Además de personificar la imagen viva de lo que ha representado y significa la mujer puertorriqueña, Lola se impuso en el ambiente y conquistó logros que como laureles, ofrendó a la mujer de su época. Se instituyó en precursora de acontecimientos femeninos en los tiempos en que las féminas no participaban en lides intelectuales, políticas ni cívicas. Con donaire e independencia de miras, fijó principios, sentó precedentes, en varias disciplinas vedadas hasta entonces al sexo femenino. En el año de 1874 publicó una disertación titulada «La educación de la mujer». En la farmacia del prohombre, don Pepe Carlo, en San Germán, se inició como la primera mujer en ejercer el derecho de expresión en la tertulia nocturna. Fue ella la primera mujer que se expresó ante

un auditorio en la Isla, al pronunciar el discurso de graduación de un Colegio de Mayagüez.

Siempre reconoció Lola el sitio de la mujer en relación con el hombre. El poeta cubano, Aniceto Valdivia, conocido por el seudónimo de «Conde Kostia», comentaba «Lola no abandonó los deberes del hogar por la literatura. Su casa era un modelo de orden, donde no descuidaba los menores detalles; muy pulcra, hasta la exageración, con la coquetería de la femineidad; mujer superior, huía de la vulgaridad, ganando la admiración de los que eran capaces de comprenderla y estimarla y la envidia malsana de los que no podían seguirla en el alto vuelo de sus ideales».

Lola no fue sólo la amante y devota esposa de Bonocio Tió Segarra, sino que lo acompañó en la errante vida de los destierros. Además, los unía, en intensa comunión, el acendrado patriotismo y la honda pulsación cultural que estableció entre ellos fervorosa intimidad y espiritual comunicación hogareña. Dotó a su esposo, en los tiempos de forzoso ostracismo, del calor vivificante, amoroso, del hogar y de la patria, no importaba el país donde estuvieran refugiados.

La bendijo Dios por dos veces con la gracia de la maternidad. Perdió a la hija Mercedes, cuando solamente contaba ésta tres años. Le sobrevivió Patria, quien fue la primera puertorriqueña en obtener el doctorado en Filosofía y Letras. Resumió con el simbólico nombre de Patria el amor a Puerto Rico y a su vástago, en un sagrado haz de entrañable vehemencia. Fue también madre de crianza de una sobrina, a la que quiso con toda la intensidad de su noble corazón, y quien ya nonagenaria, falleció no hace mucho en San Germán: doña Laura Nazario de Tió.

Se expresaba Lola en el sentido de que no creía en el feminismo, añadiendo: «He hecho en la vida todo lo que he querido, dentro de lo correcto, sin ser feminista. Para mí el hombre y la mujer son una sola idea y un solo sentimiento.» Y tenía razón Lola. Nunca cayó del pedestal donde debe mantenerse la mujer, porque no incurrió en lo ridículo ni en lo vulgar, conservando su dignidad y señorío. Su obra la llevó a cabo sin alharacas, sin piquetes, sin estridencias, sin hueca palabrería. Podemos resumir que con amor, dignidad, gallardía, altivez y tesón. Por eso tuvo éxito.

Se manifestó en toda su dilatación espiritual una de las fases de esta inigualable mujer. Era conquiilóloga. Como un instructivo pasatiempo que se proyectaba de los senos dadivosos de los mares

mundiales, diversificaba así de su trabajo en el hogar y en las esferas literarias, políticas, cívicas y sociales. Se solazaba coleccionando y clasificando los caracoles de las Antillas especialmente. Recibió además, interesantes aportaciones de lejanas playas que enriquecieron su caudal de conquiilología. Esto le ayudó a desarrollar plenamente una de las virtudes de que estaba dotada: poder hundir en la subconciencia los recuerdos desagradables y gustar intensamente de la delicia de los gratos, conservándolos radiantes y hasta idealizándolos. Siempre tuvo ideas nuevas, de mejoramiento y una gran fe en el futuro. Y así se mantenía lozana, con la inagotable frondosidad que emerge del espíritu. Por eso ansiaba y disfrutaba de la compañía de los niños y los jóvenes. ¡Eterno vínculo con Juan Ponce de León!

En la tierra de Martí exhaló su último aliento Bonocio Tió Segarra, golpe que sumió a Lola en punzante dolor y hondo desconsuelo. Su aguda sensibilidad de mujer, al perder al compañero de su vida, se manifiesta así en carta al amigo sangermeño Francisco Mariano Quiñones:

«Mi querido Francisco Mariano:

Recibí sus cariñosas líneas de pésame en los momentos tristísimos en que acababa de recibir el terrible golpe que me ha dejado postrada en medio de la sombra y el vacío.

Todo el afán de Bonocio era que yo brillara, hasta el extremo que él tenía una inteligencia superior a la mía, una facilidad asombrosa de escribir, sin tiempo para el estudio, porque estuvo atado a sus deberes y al trabajo. No obstante, se escondía en la sombra para que aparecieran mi nombre y mi intelecto a mayor altura.

¡Pobre Bonocio! ¡Tan noble, tan lleno de virtudes y merecimiento que él mismo ignoraba! Yo he sentido algo así como un desgarramiento del alma. ¡Lo lloro sin descanso y aún me parecen pocas mis lágrimas y mis gemidos!»

Visitó Lola Puerto Rico en el 1915. Era esperada con intenso regocijo. El pueblo de San Germán se lanzó a la calle a recibirla en palpable demostración de afecto. Desde el alto y amplio balcón de la residencia de su sobrina, doña Laura Nazario de Tió, se dirigió a la muchedumbre que la aclamaba, diciéndoles al final de sus palabras:

«Esto me parece un sueño  
Verme otra vez en mis lares

Derramando mis cantares  
En mi hogar puertorriqueño.»

«Vengo triste, vengo sola  
Pero estoy de nuevo aquí  
Quiéranme mucho que en mí  
Tenéis a la misma Lola.»

Regresó a Cuba a proseguir en el cumplimiento de su devoción de servir, y de estar junto a la hija Patria, quien había constituido su hogar en la antilla hermana junto a su esposo, licenciado en Derecho Fernando Luis Sánchez de Fuentes.

Visitó la Isla por última vez en el 1923.

#### POETISA

El amante compañero de Lola pudo rodearla de los medios adecuados para el mejor desarrollo de sus inherentes dotes intelectuales. Instructivos y placenteros viajes por Europa y América, a la par que una magnífica biblioteca, prodigaron el toque de gracia que culminó su formación cultural. Bonocio Tió Segarra se convirtió en su segundo mentor, ayudándola y estimulándola a cultivar su propia personalidad literaria, enseñándole ritmo y composición con sus amables críticas.

En el año de 1876, prologó y publicó en su imprenta de Mayagüez, el fogoso periodista Tió la obra del amanecer lírico de Lola «Mis cantares», que ofrendó ella «A mi patria». Es decir, nuestra Isla. Fue considerado «el primer libro de esta índole publicado en Puerto Rico por una dama», según apunta el profesor Antonio S. Pedreira, en su «Bibliografía puertorriqueña». Se conceptúa a Lola como la iniciadora del pulimento de la copla popular que convirtió en poesía. Como nació con el ritmo en el alma, argüía que «el verso es la primera expresión de la conciencia de un pueblo».

Asegura nuestra gran escritora Concha Meléndez que Lola en su primer libro, «Mis cantares», «incorporó la copla poética en la poesía culta de las Antillas, anterior a los versos de José Martí en 1891, que es superior por su belleza a ningún otro libro de su especie, pero donde hay equivalencias de tono y temática de «Mis Cantares», y los cantares de Carlos Peñaranda, en sus Poesías

lectas en 1893, es otra manifestación de la influencia de este libro de Lola Tió». Añade que la resonancia de los Cantares de Lola hay que buscarla en los que los leyeron en sus tiempos, como en las cartas de José Gautier Benítez (1876), encomiándolos «como un rayo de luz pasando a través de un vidrio azul».

Dice la profesora María Cadilla de Martínez sobre «Mis cantares»: «Considero que su versificación en su primer libro era llana y se advertía la influencia de la segunda época romántica en su orientación; en el regionalismo, en sus pensamientos reflexivos y en la pulcritud con que están escritos sus versos. Tenía un algo distintivo: «la creación de imágenes pictóricas y una vehemente, delicada feminidad que siempre conservó».

La doctora María Teresa Babín señala a Lola en la vanguardia literaria, afirmando que «en el primer momento creador de importancia en la literatura puertorriqueña, Lola Rodríguez de Tió es la única mujer que se destaca». Agrega además la conocida escritora: «Fue la primera puertorriqueña que adquirió relieve universal», según aparece en la página 332 de la obra «Panorama de la cultura puertorriqueña».

Su segundo poemario, «Claros y nieblas» (también impreso en Mayagüez), vio la luz en el 1885. Fue prologado por el escritor Carlos Peñaranda y dedicado por Lola a su hija Patria. Opinó Julio Cejador de esta obra que «era uno de los mejores libros en su género publicado en Hispanoamérica». Caracteriza Peñaranda a Lola «con un corazón romano y un espíritu ateniense», y añade, «escribe para decir algo, y dice bien claro, después de sentir recio y pensar alto». Sintetiza también Peñaranda su obra poética en «tres bellísimos y nobles cultos: el culto de la amistad, el culto del hogar y el culto apasionado de las flores».

Arguye la literata María Cadilla de Martínez que «se ha querido ver la influencia de Fray Luis de León en la composición «Claros y nieblas», pero que en realidad tal influencia es de elevación de pensamiento y de ritmo, pero no de contenido, y como está escrita en el difícil metro inventado por Garcilaso de la Vega, y preferido por Fray Luis de León y casi todos los místicos, precisa siempre en el que lo usa, un dominio completo del ritmo del lenguaje».

La profesora puertorriqueña, Josefina Rivera de Alvarez, ha dicho que en «Claros y nieblas» figura el bello y delicado poema *A mi esposo ausente*, «que tuve el placer de leerles», considerado

entre los mejores madrigales del siglo XIX. Sobre esta misma composición se ha expresado Cesáreo Rosa Nieves: «Bastaría esta sola pieza para mecerer su autora un sitio permanente en la posteridad.»

El insigne historiador y crítico español, don Marcelino Menéndez y Pelayo ha justipreciado así las poesías de Lola: «He admirado la elevación de la idea en ellas, la pureza del sentimiento, la sobriedad de la frase y el grande y bien aprovechado estudio de nuestra lengua poética. En mi concepto toda antología de poesía de nuestro siglo en la lengua castellana quedaría incompleta si no se le incluye entre lo más selecto, La Vuelta del Pastor, La Caridad y El Harpa Hebrea. El país que a la hora presente se honra con la delicada y castiza inspiración de la autora de La Vuelta del Pastor, tiene ya derecho a ser juzgado por lo que realmente vale, y a ocupar en la literatura americana el lugar modesto, sin duda, pero no despreciable que hasta ahora, con evidente injusticia se le ha negado en todas las colecciones generales, formadas en las demás regiones del nuevo mundo... Puerto Rico, Las Antillas, América se honran siendo cuna de esta insigne cantora.»

El coterráneo de Lola, el literato, periodista, orador y catedrático de la Universidad de La Habana, doctor Sergio Cuevas Zequeira, publicó los siguientes comentarios en el diario «La Marina»: «El sentimiento de estoicismo que se ha querido observar en las poetisas americanas como Delmira Agostini y Juana de Ibarborou, tal y como en Lola Rodríguez de Tió, se remonta al misticismo español, esa mística que es la literatura y la ciencia de las religiones. La Vuelta del Pastor es una de las más delicadas y castizas producciones de la musa hispanoamericana. En ella supo Lola, con admirable acierto, presentarnos redivivo el arte maravilloso de nuestros padres, los grandes poetas españoles del siglo XVI.» He aquí la prueba:

#### LA VUELTA DEL PASTOR

Y tu humildad he visto  
ejemplo dar al corazón creyente  
como en el ara al Cristo  
vemos humildemente  
abrir los brazos y bajar la frente.

¡Perdón para el caído!  
¡No más se escuchan las amargas quejas!  
Dios es el que ha vencido;  
terminen las añejas  
cuitas y entre al redil con las ovejas.

Cesó el temido cisma;  
lejos voló la infausta proletaria;  
en el caos se abisma  
ya la impiedad nefaria  
y el verdadero Dios triunfa en Samaria.

Publicó Lola su tercer poemario, «Mi libro de Cuba» en La Habana, en el 1895, prologado por Aniceto Valdivia, conocido, como ya hemos dicho, por el seudónimo «Conde Kostia». Lo dedicó, como muy bien especifica su título: A Cuba. Expresó Valdivia atinadamente que esta obra «era más que un libro de versos en que brilla como un sol la inspiración de la primera poetisa de la América Española...». Y prosigue: «Pero así como Gautier era oriental, Víctor Hugo español y Heine francés, Lola es griega por temperamento, por inclinación y por sus estrofas... Ese rostro del que la inteligencia destella, del que la bondad emana, que la ternura parece timbrar un encanto indecible, impuso a todos la admiración respetuosa primero, la cariñosa simpatía muy pronto.»

De sus décimas «A Cuba», opina la doctora María Cadilla de Martínez que «tiene no solamente un lirismo desbordante, un acento sincero y un dominio de la décima que por sí solas las harían inolvidables, sino que encierran algo más, el porqué Lola amaba tanto a Cuba con la ilusión que a ella le dio siempre de ser como Puerto Rico y de unirse a nuestra patria en común destino, realizando así el bello sueño de la Federación Antillana.»

En la Isla de Cuba refulgió Lola en toda su excelsitud. Escribió en revistas, pronunció inspirados discursos, improvisó poemas. Su radiante y espontánea poesía vibraba rítmicamente por toda la Isla, donde siempre fue honrada y querida. La consideraban ya casi cubana. Insertamos las observaciones del escritor guatemalteco, Enrique Gómez Carrillo, en tiempos felices para Cuba: «Verdaderamente Cuba es el país de las grandes poetisas. En el cielo la Avellaneda debe estar celosa. El único consuelo que le queda es pensar que usted no es una rival, sino una hermana suya, que trabaja en campo diferente. Ella cultivó el jardín de las ama-

polas; usted prefiere las orquídeas. Para mí no hay nada tan lindo como las orquídeas.»

Lola mantuvo relación epistolar con las figuras literarias más prominentes de su época, entre ellas, Alejandrina y Bibiana Benítez; José Gautier Benítez; Eugenio María de Hostos; José de Diego; Luis Muñoz Rivera; Román Baldorioty de Castro; Segundo Ruiz Belvis; Antonio Cortón; el doctor Ramón Emeterio Betances y Gabriela Mistral, a quien improvisó una poesía cuando ya contaba sesenta y nueve años y Gabriela treinta y tres.

El literato e hispanófilo alemán, Juan Fasternrath tradujo varias de las poesías de Lola. Julián Viaud, mejor conocido por Pierre Loti y Edmundo D'Amicis, hicieron también traducciones de la musa de Lola. El crítico y literato D'Amicis se expresó así: «Los versos de Lola Rodríguez de Tió me traen oleadas de sol.» Don Jesús Castellano consideró que Lola «era una de las pocas poetisas sensitivas que había conocido y que poseía ese simple y extraño secreto del genio, porque estaba graduada hacía mucho tiempo de genial».

Uno de los poetas más populares, Gaspar Núñez de Arce, escribió así de las poesías de Lola: «En ellas resplandecen la corrección y el buen gusto y se respira un perfume que trae a la memoria las delicadas inspiraciones de Fray Luis de León.» Refiriéndose al romance *Arecibo*, añade Núñez de Arce: «Lo firmara yo, y si Góngora viviera, con más derecho que yo.» Rubén Darío, el eximio poeta nicaragüense proclamó a Lola en el año 1910 «hija de las Islas».

La joya más preciada para Lola, la que lucía con orgullo en su glorioso y abnegado pecho como el galardón más significativo que jamás le hubiesen tributado, era un broche de diamantes en forma de arpa que le regaló su amigo y admirador, el conocido crítico literario Leopoldo Alas, mejor conocido por el seudónimo de «Clarín».

Podríamos seguir estipulando la crítica favorable a la labor poética de Lola, pero el tiempo apremia. Queda mostrado que fue consagrada como poetisa internacional. Expandió no tan sólo los límites culturales de nuestra Isla, sino de las Antillas y de América, y recibió pleno reconocimiento en Europa, especialmente en España, donde le ofrendaron sinceros homenajes. Y en el Ateneo de Madrid fueron proclamadas «Mensajes a la humanidad»,

las poesías «Amor, Dolor, Perdón» y «Lo Inefable», en su último viaje a España en el 1923.

Dedicó a la ciudad de Ponce dos composiciones poéticas. Una en ocasión de una tremenda inundación del Río Portugués. Otra, muy larga, titulada «Mi ofrenda a Ponce», con motivo de la feria, que en sus últimas estrofas dice así:

«Y tu Ponce, gentil ciudad que inspira  
al que tus triunfos y tu gloria canta,  
ciudad que al cielo enamorado mira,  
y en alas del progreso se levanta.  
Que siempre brille la inmortal corona  
que fulgura en tu frente,  
que el himno bello que mi patria entona  
salve la aridente zona  
llevado por las brisas de Occidente.

Que en tu ejemplo se inspiren,  
los que hoy aplauden tu fecunda idea,  
que los siglos pasar tu nombre miren,  
¡y eterna como el sol tu gloria sea!»

#### PATRIOTA

El ilustre prócer Luis Muñoz Rivera, proclamó a Lola como «el ángel de la guarda del alma de Puerto Rico, alma y luz de su patria», debido a las valientes ejecutorias y a la sagrada exaltación patriótica que en todo momento crítico reveló con inusitada entereza, reflejo puro y vivo de su carácter, a la vez que recio y estoico, tierno y místico. Ella ayudó a mantener el alto nivel cívico y la dignidad de los hombres de su época. Fue una iluminada, sustentaba el desafío resplandeciente de presentir la vida, Lola, nuestra mujer cumbre del siglo XIX.

Comenta de Lola la profesora María Cadilla de Martínez: «Ella fue la mujer que más se distinguió en el movimiento político en Puerto Rico.» Palpitó y se hizo realidad en el tuétano sentimental de Lola el vívido calor de las prédicas del doctor Ramón Emeterio Betances y de los ideales latentes en ella desde la niñez, que eran también los del insobornable periodista Bonocio Tió Segarra. Por eso, en días anteriores al Grito de Lares, surgió de la pluma de Lola, como vibrante toque de clarín, la letra ardiente e impetuosa

de «La Borinqueña», sobre la cual apunta Monserrate Deliz: «El acento punzante y el ardor bélico que imprimió a sus versos difundieron la canción vertiginosamente y provocó la ira del Gobierno, a juzgar por varios testimonios.» La música de «La Borinqueña», por todos conocida, es de suponerse que fue traída de España a América, pues se difundió por sus diversas latitudes. Como sabemos, hay distintas versiones. Según don Martín Gaudier, el guitarrista y bohemio catalán Félix Astol Artés, introdujo la melodía en Borinquen, que fuera compuesta en el Perú. Según don Gustavo Ramírez de Arellano, el conocido músico sangermeño Paco Ramírez produjo la melodía. Y es aludido por el doctor Francisco X. Veray, el distinguido sangermeño doctor Virgilio Biaggi, que como uno de los contertulios de Lola, compuso la aportación musical de «La Borinqueña». El caso es que en poco tiempo era cantada por toda la Isla, convirtiéndose espontáneamente en el himno de Puerto Rico.

El fracaso del movimiento de Lares desalentó a Lola, pero sostuvo sus ideales y repetía animosamente:

...El grito de Lares  
se ha de repetir  
y entonces sabremos  
vencer o morir.»

Sufrieron Lola y Bonocio tres destierros. Poseía ella, entre los muchos atributos morales de que estaba provista, un maravilloso poder de adaptación, además de gran habilidad de hacer amigos en cualquier lugar donde tuviera que convivir. Por eso decía:

«Yo no me siento nunca extranjera:  
En todas partes hogar y abrigo  
Amplio me ofrece la azul esfera;  
Siempre mis sienes un seno amigo  
Hallan en una u otra ribera,  
Porque la PATRIA llevo conmigo.»

En el año de 1877, el general La Portilla les concedió veinticuatro horas para tomar el primer barco que zarpara. El destino señaló hacia Venezuela, por lo que residieron en Caracas hasta el 1880. Allí se encontraron con el coterráneo, también ciudadano de América, al igual que Lola, Eugenio María de Hostos. Fue ella

la madrina de bodas de Hostos, quien llevó al altar a la agraciada señorita Belinda Ayala, procedente de una de las mejores familias cubanas exiliadas en Caracas.

«Hago constar que si hay quien estime tanto como yo a la poeta, no hay nadie que quiera más a la patricia Lola Rodríguez de Tió», así se expresaba el filósofo, pensador y patriota, Eugenio María de Hostos.

Al efectuarse un cambio de Capitán General en la Isla, regresaron los Tió a Puerto Rico. La figura de Lola se proyectó con incommensurables dimensiones, convertida en glorioso adalid, cuando el infamante «componente», ejecutado por el general Romualdo Palacio en el 1886. Gestionó y obtuvo ella del ministro de Ultramar, don Víctor Balaguer, su buen amigo y admirador, que por primera vez fuera destituido un gobernador de colonias, ejecutada esta orden por cable desde Madrid, para dar allí el general Palacio cuenta de su proceder. Esto es lo que llamamos un residenciamiento, el primero que tuvo lugar en América.

Sustituyó al general Romualdo Palacio, don Juan Contreras, héroe de Treviño, General Segundo Cabo, quien supo aquilatar los merecimientos culturales y políticos de Lola. A raíz de haber ella improvisado en un concurrido banquete en San Juan, magna celebración con motivo de efectuarse los exámenes finales del Instituto de Segunda Enseñanza, de donde era estudiante su hija Patria, la famosa cuarteta

«Cuba y Puerto Rico son  
De un pájaro las dos alas,  
Reciben flores o balas  
Sobre un mismo corazón»

al responder heroicamente a un reto para un brindis, fue llamada por el general Contreras a La Fortaleza. Era la noche del 21 de noviembre de 1887. Su esposo había tenido que abandonar el país, pero ella, en un gesto valeroso, improvisó el mencionado brindis ante la sorpresa de peninsulares, cubanos y puertorriqueños, asistentes al referido festejo. Solamente el gran amigo de los Tió, el doctor Enrique Álvarez Pérez, gallego de nacimiento, quien era secretario del referido Instituto de Segunda Enseñanza, se aprestó a ir con Lola ante el gobernador. Cuando se acercaban a La Fortaleza, le aconsejó el doctor Álvarez Pérez: «Mire que estamos



sobre una mina de pólvora, tenga cuidado con lo que hable usted.» A lo que ella inmediatamente contestó: «Alvarez, las inspiraciones no me vienen de Galicia, sino de más alto.»

A las interrogaciones que le formulara el general Contreras, respondió Lola con integridad y templanza, con la realidad encarrando cada palabra, sin titubeos, digna y gallardamente. Anterior a esto, Lola había escrito una carta al general Contreras, algunos de cuyos párrafos pláceme leerles:

«Jamás he brindado contra la España generosa que ha fatigado tantas veces el corcel de la fama y de la gloria; contra la España científica y literaria, fuente abundosa de esclarecidos ingenios, en cuyos limpios raudales he ido a beber la inspiración del canto; jamás he mancillado con mi odio la España de amplios horizontes políticos y de altos ideales en donde acampan los buenos, porque ésa, la noble, la que no deprime, la que no degrada, la que no engendra ni infunde odios, la que no humilla a su propia sangre... porque ésa es la España heroica de mis abuelos...»

«Ahora bien, la que presenta un grupo de egoístas, una casta de mercaderes sin ayer y sin tradiciones que respetar; la España de esos pocos que atraviesan el océano, con el solo objetivo del medro material y con el único fin de conservar sus riquezas en mengua de la moral y del respeto que se debe a todo un pueblo por pobre y humilde que sea; esa España me es indiferente y los que proclaman su integridad me son antipáticos, porque tengo la desgracia de no creer en ellos...»

«Quede pues desmentido el brindis y pasemos a otro de los interesantes párrafos de su atenta recibida hoy...»

«Peligroso enemigo es la calumnia, ¡pero no es invencible! Usted me dice que ha sido tardío en sincerarse mi partido; así lo han requerido las difíciles circunstancias hasta ahora. Comenzamos por trabajar en Madrid haciendo opinión franca y sincera y no lo dude usted, llegado el momento, protestará de todo lo grave que se le imputa... España es mi madre, usted lo ha dicho, y yo me complazco en que haya reconocido en mí una hermana, el que, con tan gloriosos títulos me recuerda el deber, reconociéndome el derecho.»

«Yo lo adivino, aunque usted lo calle, lejos de inculpar mi actitud respecto de mis amados presos que hoy sufren su infortunio, atrincherados en su propia inocencia, como tan elocuentemente nos dice *El Clamor*. Yo sé que en el fondo de su conciencia honrada aplaude y la encuentra justa: *porque yo como puertorriqueña*

*quiero asumir con ellos la responsabilidad que pueda pesar sobre sus conciencias cruelmente mancilladas...»*

Como resultado de la entrevista, condujo el general Contreras a Lola ante su esposa, presentándole de esta suerte: «Rafaela, aquí tienes una espartana.»

Concedió el gobernador como «aguinaldo de Navidad» el indulto de los ilustres presos políticos. Reconoció el gran valor de la patriota al acceder a su petición y tributarle honores junto a su esposa. Cuando Lola se trasladó a residir a la capital, todos los jueves, que eran los días de recibo en su hogar, los Contreras le enviaban un ramo de flores.

Su valerosa gestión en la excarcelación de los dieciséis prisioneros del Morro en el 1887 fue ampliamente reconocida en cartas cuyas copias se hallan expuestas en el calabozo en que sufrieron tan deleznable tormento. Fueron ellos: Román Baldorioty de Castro, Ramón Marín Solá, Francisco Cepeda Taborcías, Antonio Molina Vergara, Salvador Carbonell Toro, Tomás Vázquez Rivera, Manuel Antonio Zavala Rodríguez, Santiago R. Palmer, Pedro María Descartes, José Vicente González, Andrés Santos Negroni, Rodolfo Figueroa González, Bruno Negrón, Ulises Dalmau Poventud, Cristino Aponte y Epifanio Pressas. Sus misivas les alentaron y les hicieron acariciar esperanzas redentoras. Así lo escribía Santiago R. Palmer: «Como mis compañeros, te tengo presente siempre en esta prisión. Bien a la heroína que tan noblemente sabe estar en su puesto. Lola, recibe desde esta prisión del Morro, el afecto de tu discípulo.»

Conmovidos y palpitantes de agradecimiento, los paladines de nuestros derechos ciudadanos que vieron nuevamente el sol por el heroísmo y la dedicación de esta patriota, le transmitieron significativos mensajes, de los cuales leemos algunos fragmentos:

El doctor Salvador Carbonell se manifiesta así:

«Lola, por vuestra gentil hermosura habéis cautivado muchos corazones, vuestro fecundo numen os ha conquistado muchos admiradores y muchos envidiosos; por vuestra activa e inteligente campaña en defensa de estas víctimas, *ya no hay puertorriqueño que no os idolatre.*»

El doctor M. A. Zavala le escribe:

«No olvido ni podré olvidar jamás sus valiosísimos esfuerzos en favor del país y de los presos del Morro en Puerto Rico en el año de 1887, y el sagrado deber de una inmensa gratitud, me impo-

ne el espontáneo cumplimiento de dirigirle mi más ferviente saludo. Yo, una de aquellas víctimas, rindo este dulce homenaje que en mi alma graba un recuerdo imperecedero.»

El patricio Federico Degetau González, el primer Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington, quien había sido Diputado a Cortes durante el régimen español hasta el cambio de soberanía le escribe así a Lola:

«Cuando me sienta triste y apenado, invocaré tu nombre, Lola, y tu recuerdo será un lenitivo para mis dolores. ¡Bendita la suerte mía, que me concedió la dicha de conocerte!»

El señor Pedro María Descartes le testimonia emocionado:  
«Señora: Tiempo hace que conozco a usted de nombre, que tengo esa inmensa satisfacción, *el país agradecido lo repetía, hoy los presos del Morro y sus hijos tendrán* que aprender un himno para cantar a la defensora de los derechos hollados.»

El señor Ramón Marín, gentilmente se expresa:

«*No ciudadanos, sino ciudadanas como tú, mi ilustre e incomparable amiga Lola*, es lo que esta querida Borinquen necesita. Tuyo con el alma, vida y corazón.»

Fueron de nuevo desterrados Lola y Bonocio por el general don Pedro Ruiz Dana en el 1889 a Cuba, en donde residió hasta el 1892, que regresó a Puerto Rico en ocasión de la muerte de su madre, doña Carmen Ponce de León. Pronto regresó a Cuba. El hogar de los Tío se constituyó en centro intelectual, patriótico y social, no tan sólo de la colonia puertorriqueña, sí que también de las figuras notables en las letras y en vehemencia patriótica. En la capital habanera reinó Lola con majestuosa gracia, manteniendo en su diestra el doble cetro del patriotismo y de la intelectualidad. El gobierno español no podía imaginarse que en la resistencia de los exiliados políticos, sometidos a estricta y constante vigilancia, se estuviera conspirando. Se amparaban bajo el palio protector del carácter literario de las reuniones, pero en realidad era un punto de encuentro de los jóvenes cubanos y puertorriqueños antes de marchar a combatir a la manigua, a la vez que centro de asamblea de los patriotas dirigentes de ambos países.

Es Lola la creadora de la bandera puertorriqueña actual, con los colores de la cubana invertidos. Se debatió en su hogar en La Habana la sustitución de la bandera de Lares, que era muy parecida a la dominicana, por la nueva bandera, basada en la de Cuba. La estrella de Cuba rutila en fondo rojo por la sangre vertida en

el fragor de su lucha libertaria, la de Puerto Rico en nítido azul. Esto lo atestigua José de Diego en una misiva a Lola, apuntando lo siguiente: «Yo le pido a Dios que sea usted misma que venga a izar nuestra bandera, a izarla y a bendecirla en el primer instante de su natividad...»

En el 1896, en ocasión de un homenaje que tributó a Lola la sociedad filantrópica, «La Caridad del Cerro», celebrado en el Teatro Tacón, en La Habana, al recitar ella sus décimas «A Cuba», en las cuales está incluida la ya famosa cuarteta «Cuba y Puerto Rico son», fueron desterrados nuevamente, esta vez para Nueva York. Allí siguieron su abnegada misión y se convirtieron en los dirigentes culturales y políticos de las dos alas antillanas.

Regresaron a Cuba en el 1899. El gran amigo de Lola, el héroe cubano, Antonio Maceo, antes de caer como una vigorosa ceiba segada en el apogeo dador de su copiosa sombra, herido por el fulminante rayo del combate de Punta Brava, le había manifestado: «Donde quiera que tú mueras, Lola, crecerán un laurel y una palma.» Por supuesto, se refería Maceo tanto al talento y a la gracia de la poetisa como al arrojo y heroicidad de la patriota.

El alma exquisita de esta singular mujer, poetisa y patriota de América, nuestra Lola, que encarna toda una historia de lucha humana, de soledad heroica, de impulso creador, en la lozanía admirable de sus ochenta y un años, el 10 de noviembre de 1924, voló, con sus hermanas las golondrinas sangermeñas, en el mes más rauda de sus giros. Ella, que expresaba su españolismo espiritual apuntando con su rotunda franqueza que era tal como el español, que como no lo manda nadie, no le importa quien lo pretenda mandar, entregó su alma al Hacedor como el ave de la leyenda, con un canto que recogió su buena amiga, Conchita Valdivia de Santo Tomás. «Escribe —le dijo Lola a su amiga— esta inspiración; siento una brasa quemarme:

«Como el ave regia de la leyenda, canto para morir:

¿Por qué he de amar si la existencia mía

Se va apagando en silencioso vuelo,

Como puesta de sol en la onda fría,

Al juntarse el azul del mar y el cielo?

¿Por qué he de amar, si no merece tanto

esta lóbrega cárcel que atesora

un corazón que se sumerge en llanto

y un pensamiento que el dolor corona?

Al morir la ilusión y la esperanza  
Nada puede la fe, viene el marasmo...  
Que es sólo lo que el corazón alcanza...

Para que perduren límpidos y emotivos en nuestro recuerdo,  
termino leyéndoles estos versos de nuestro eximio bardo, cantor  
de la mujer puertorriqueña, Luis Lloréns Torres, dedicados a Lola,  
la Lolísima de sus contemporáneos:

*EPITAFIO*

*Para Lola Rodríguez de Tió*

Lucerito del Señor,  
Lucerito —que estás triste  
porque con tus ojos viste,  
cuando sus ojos cerró.

Lucerito del Señor,  
Lucerito triste, Tú  
que con tu llanto de luz  
ves el mármol de su fosa,  
llora tu más luminosa  
lágrima sobre su cruz.

LUIS LLORÉNS TORRES  
Puerto Rico, diciembre de 1924

BIBLIOGRAFIA

- Babín, María Teresa, *Panorama de la cultura puertorriqueña*.  
Cadilla de Martínez, María, *Semblanza de un carácter*.  
Cuevas Zequeira, Sergio, Revista «Las Antillas», Cuba.  
Deliz, Montserrate, *El himno de Puerto Rico*.  
Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana*.  
Pedreira, Antonio S., *Bibliografía puertorriqueña*.  
Tió, Aurelio, *Fundación de San Germán*.  
Tió, Aurelio, *Obras Completas de Lola Rodríguez de Tió*.